

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

Separata del libro:

**“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”**

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: [informa@laobradelaiglesia.org](mailto:informa@laobradelaiglesia.org)

**EL QUE ES EL DESCANSO ETERNO  
SE QUEJA:  
“BUSQUÉ QUIEN ME CONSOLARA  
Y NO LO HALLÉ”**

*Dios se es descanso infinito  
por su ser y en sus personas*

¡Dios...! [...] ¡Mi Dios adorable, deleitable...!

¡Oh Ser infinitamente simplicísimo y delicado...! ¡Oh Ser tranquilo, de finura indecible, de suavidad inexplicable, de silencio majestuoso...! ¡Qué gozo que yo te pueda amar, por participación, con el mismo Espíritu Santo como Tú te mereces!

¡Oh, Padre que, en una Mirada de contemplación esencial de paz y quietud inalterable, Tú contemplas amorosamente en el Espíritu Santo tu tranquilo ser! ¡Ay, Padre, Tú te contemplas en

tu Mirada esencial de abarcación infinitamente amorosa...!

¡Qué descanso para el corazón del Padre que, en su Mirada sapiental, Él se contempla en todo cuanto se es...! ¡Qué descanso para tu contemplación infinita el verte en todo lo que eres! Y tan fecundamente te eres, ¡oh Padre Eterno!, que, por fecundidad de serte, surge de tu seno todo tu ser infinito en una Palabra que es todo lo que Tú conoces y eres, en Expresión.

¡Y qué alegría tiene el Verbo, al ver que Él es todo el ser del Padre! ¡Y qué descanso tiene el Verbo al ver que Él lo canta en infinitud simplísima!

¡Cómo descansas, Verbo mío! Todo Tú descansas al ver que en tu persona estás cantando toda la Divinidad. ¡Y qué descanso para ti, Palabra infinita, al serte Tú tan Palabra y ver que en ti la infinita Deidad es cantada como Ella se merece! ¡Y cómo cantas Tú, Verbo mío, al ver que Tú eres el descanso del corazón del Padre, que por ti, al decirse tal cual es, descansa!

¡Ay, Amor infinito, mi Espíritu Santo, descanso del Padre y del Verbo, Amor paterno-filial que surges en espiración amorosa en Beso infinito de entre ambos!

¡Espíritu Santo, que eres por tu ser, recibido del Padre y del Verbo, la Perfección infinita en descanso de amor paterno-filial!

¡Qué alegría y qué contento se es Dios porque,

en su mismo seno, es conocido y amado como Él en su infinito ser se merece!

Qué contento está el Padre al verse que, de fecundo que Él se es, tiene un Hijo en el que descansa porque canta toda su Deidad, y por fecundo, de Él y del Verbo, ha surgido el Amor en Persona. Todo el amor se le ha salido a Él y a su Verbo amándose en el Espíritu Santo.

¡Qué descanso que, en Dios, hay eternamente una Persona para amarse infinitamente como Él, por su ser y por sus personas, infinitamente se merece!

### *El Padre se es descanso eterno en su Mirada engendradora*

El Padre descansa contemplándose a sí mismo en su persona, porque su Mirada es igual de infinita que su Deidad; y así, en su sola Mirada, el Padre, abarcando su eterno misterio, descansa.

Pero el Padre tiene otro descanso, el descanso de su fecundidad infinita que, rompiendo en paternidad, engendra. ¡Y qué infinitamente engendra el Padre! Tan infinitamente, que todo su infinito y fecundo ser se ha quedado, en su paternidad y capacidad de engendrar, exhausto. Porque el Padre se ha quedado con todo su ser; y, a pesar de esto, no tiene más capacidad para engendrar; en su Hijo se le agota toda, porque

se lo ha dado todo como Engendrador. Y así, la fecundidad del Padre descansa eternamente porque eternamente engendra a su Verbo.

¡Qué descansado está el Padre!, porque, siéndose infinito en su eterno instante engendrador, se es descanso; ya que lo que le hace engendrar es la Mirada fecunda y abarcadora, eterna e infinita que, por fecunda, es el mismo engendrar al Verbo.

El Padre se contempla en un descanso de paz indecible, y esa misma contemplación le hace ser Padre; pues, por infinito y fecundo, engendra, y eso que contempla es ya su Verbo engendrado en el que Él descansa eternamente.

¡Oh Padre, qué descanso para tu paternidad infinita que, como infinita, tiene que engendrar en su capacidad eterna de fecundidad! ¡Qué descanso ver que tienes un Hijo tan Hijo, que agota toda tu fecundidad infinita; y que ese Hijo tan infinitamente es tu descanso, que es todo tu ser, toda tu capacidad y fecundidad en Expresión engendrada!

¡Oh Verbo, qué descanso para ti ser Tú el descanso del Padre, y saber que por ti el Padre descansa!

¡Oh Padre, ya descansas Tú, porque en tu Verbo te dices, en una silenciosa, pacífica e inalterable Palabra, todo lo que Tú eres!

Y así como Tú, oh Padre, lo contemplas todo, estás contemplando el mismo instante de Tú

engendrar; y, en ese mismo instante, contemplas a tu Engendrado y al Amor que de entre ambos procede, y así descansas. Porque ése es tu descanso, Padre: que en un acto simple, sencillo, sin tiempo, Tú te eres fecundo, engendras, y es espirado de entre ambos el Espíritu Santo; y Tú, en ese instante eterno, lo contemplas todo. Y tu descanso consiste, oh Padre, en que, por tu simplicidad, no tienes más que una Mirada que abarca en ese instante, misterioso para nosotros, las personas y el ser, y engendras.

¡Oh misterio del engendrar infinito del Padre!, que por simplicísimo, para los limpios de corazón dejas de ser complicado, y el alma barrunta algo de tu pacífica Mirada, y entonces, perdida y abismada en el misterio de tu contemplación, rostro en tierra, anonadada, adora.

¡Descanso infinito...! ¡Qué descansado estás Tú, Padre, porque en una simple Mirada abarcas lo inabarcable, comprendes lo incomprensible...!

Y en esa Mirada de paz en la que ves a tu Verbo y al Espíritu Santo, engendras a ese mismo Hijo que Tú contemplas y que es el fruto de tu contemplación... ¡Oh misterio de amor, yo te adoro...!

Y el Padre, no es que ha descansado, es que, como en Dios no hay tiempo, su Mirada es eterna, su contemplación eterna, su abarcación eterna; y en esa Mirada eterna, engendra lo contemplado y contempla lo engendrado, y así descansa y su

descanso es eterno, porque su Mirada es eterna y su engendrar eterno.

Y el Padre descansa en sí mismo por serse Él el que Se Es, que, en contemplación, engendra.

¡Ay, Padre...! ¡Misterio de fecundidad...! ¡Ay, misteriosa Mirada que, en infinitud, contemplas el fruto de tu contemplación por la cual engendras...!

¡Oh, misterio..., misterio...! Yo no descanso porque no puedo decirte en tu simple Mirada infinita. Porque yo, al contemplarte en tu Mirada, con tu luz, por tu misericordia te sé, y al no poderte decir, te adoro anonadada bajo el peso ingente e infinito de tu Mirada engendradora y de tu descanso por tu Mirada de paz.

Yo no descanso, pero soy muy feliz porque Tú, ¡oh Padre!, descansas en tu engendrar y en tu ser. Y aún aumenta más mi admiración al ser Tú siempre para mí nueva sorpresa en tu serte. Porque ahora veo que Tú, oh Padre, descansas también, porque en el fruto de tu engendrar, en tu Verbo, te eres un nuevo descanso al poderte expresar tal cual eres en tu mismo seno.

Oh, Padre, ¡qué descanso para mi alma que, aunque yo no te puedo decir, Tú te eres para ti, en tu Verbo, para decirte Tú a ti, Palabra! ¡Qué descanso, oh Padre! ¡Cómo descansa tu corazón de Padre engendrando...!

## *Descansa el Padre infinitamente al decirse en su Verbo*

¡Si parece que no cabía más descanso para el Padre, que tiene capacidad infinita de engendrar, al engendrar a su Verbo...! Pero sí, un segundo descanso, Padre eterno, Tú te tienes, y es que Tú, en ti mismo, tienes una Palabra, esa Palabra que es el fruto de tu contemplación, y que eternamente te está diciendo todo el descanso que Tú te eres en tu ser y en tu persona.

¡Oh, Padre, qué feliz Tú te eres en tu descanso eterno, en tu contemplación infinita, en tu Canción expresiva...! Ya tienes, Padre, un Hijo que, por bueno, no tiene otra cosa que hacer que ser tu descanso.

El Verbo es el descanso de la fecundidad del Padre, que al engendrarlo, descansa; y es el descanso de la infinitud del Padre, que, al mirarle, le expresa todo lo que Él es.

Ya tiene el Padre un Hijo que le está diciendo todo lo Padre que Él se es, todo lo infinito que Él se es, todo lo fecundo que Él se es.

Y el Padre, no solamente está descansado en sí mismo, sino que, al engendrar, su engendrar es un Grito de ser. El Verbo es el Grito de fecundidad y de ser del Padre que, al salir engendrado y expresando, doblemente es el descanso del Padre. Ya tiene el Padre dos descansos y los dos en su Verbo y por su Verbo. ¡Oh, Padre, misterio de fecundidad...!

## *El Padre descansa eternamente amando en el Espíritu Santo*

Pero aún falta un tercer descanso para el corazón del Padre.

Al serse el Padre la fecundidad engendrando y el Hijo la fecundidad engendrada, tiene el Padre un tercer descanso, y es que, de su engendrar y de su Engendrado surge, como fruto de su fecundidad engendradora y de su Engendrado infinito, el amor del Padre a su Engendrado y el amor de su Engendrado al Padre. Descanso de la fecundidad paternal que, al engendrar un Hijo perfecto, tiene que amar a su descanso y amarse en su descanso.

¡Y ya hay un tercer descanso para el Padre, que es el Espíritu Santo!, descanso completo del que, al engendrar, tiene que amar como Padre y se ama en su Hijo como Engendrado; porque el Padre se ama en su Hijo y el Hijo se ama en su Padre, y los dos se aman en el Espíritu Santo.

¡Y qué descanso y qué alegría se es Dios Padre al serse tan fecundo! Porque todo es por serse el Padre tan fecundo. Y el Padre es tan fecundo por su ser.

El Padre tiene un Amor que es descanso eterno de su fecundidad engendradora, que ama su fecundidad, su engendrar y a su Engendrado como Él se merece; y entonces, el Padre tiene ese tercer descanso que es el Espíritu Santo.

¡Oh, cuánto veo y con qué gozo penetro toda esta realidad que, haciéndome romper en canto de descanso amoroso, me satura de tal forma que, por más que lo intento, no puedo decir la riqueza infinita que descubro en el descanso eterno que por sí son y se tienen las divinas Personas en sí mismas y en las otras divinas Personas...!

El Espíritu Santo es el descanso del corazón del Padre amando su deidad, amándose, y amando a su Verbo; y es el descanso del corazón del Padre amando a su común Amor, que es el mismo Espíritu Santo.

¡Ay, Padre, qué contento Tú te eres...! ¡Padre, pero qué dichoso Tú te eres...! ¡Padre, pero qué fecundo Tú te eres y qué feliz...! ¡Ay, Padre, si te eres todo descanso, remanso de paz por tu fecundidad...! ¡Padre...! ¡La Fuente de la vida fecunda, descanso del mismo Padre...! Padre, Tú te eres tu descanso por tu serte.

*Descansa el Verbo al ser la Palabra  
que con el Padre espira al Amor*

¡Oh, misterio, misterio de Amor, de Conocimiento, de Expresión Tú te eres, Dios altísimo...!

¡Oh Verbo, Verbo infinito...! ¡Qué descanso Tú eres al ver que Tú en tu seno, en tu ser, eres el descanso del Padre, y que Tú eres, ¡oh Verbo mío!, el Cántico eterno siempre antiguo y siempre nuevo, que cantas en tu sola Palabra

la Trinidad en la Unidad y la Unidad en la Trinidad...!

Verbo mío, ¡qué descanso eres para el Padre y para ti mismo, porque Tú, por exigencia de ser el Engendrado eterno, eres el descanso del Padre y tienes todo tu descanso en ser Tú el descanso del Padre!

Ése es tu primer descanso que Tú, por exigencia de Hijo bueno, tienes: el de cantar a tu Padre todo lo que Él es en su Mirada eterna y todo lo que Él contempla. Tú le estás diciendo al Padre en tu Persona toda su divinidad, todo su engendrar, todo su Engendrado y la misma espiración amorosa del Amor personal. ¡Oh Verbo del Padre, ése es tu primer descanso como Hijo bueno!

Pero Tú también tienes un segundo descanso, y es que Tú sientes en tu ser, rompiendo, como persona, en Expresión, la necesidad de expresar todo lo que es Dios en su ser y en sus personas. Y Tú, Verbo mío, lo dices en una sola, silenciosa y pacífica Palabra. Y Tú, en esa sola Palabra, agotas el inagotable ser del Padre y tu mismo inagotable ser, que es el mismo que el del Padre y el mismo que el del Espíritu Santo.

Tú, ¡oh Verbo infinito!, dices en tu sola Palabra todo el indecible ser de Dios, y lo dices tan infinitamente, que no queda lugar a nadie para decirlo, y nadie puede expresarlo y decirlo sino en ti y por ti. ¡No queda lugar a otra palabra que

pueda expresar adecuadamente a Dios, ni en el Cielo ni en la tierra, fuera del Verbo!

Así como no quedaba lugar en la Mirada del Padre para engendrar más hijos, porque el Verbo lo había agotado todo, no queda en la Palabra del Verbo nada sin decir. Tan infinitamente Él lo dice, y tan agotadoramente Él lo abarca en su Palabra expresiva, que se ha quedado exhausto el ser de Dios en la Palabra del Verbo, no pudiendo haber otra Palabra en Dios, porque esta Palabra lo dice todo en una silenciosa, calladita e infinita sílaba de expresión.

¡Se acabaron las palabras...! ¡No hay más palabras ni en el Cielo ni en la tierra para decir la fecundidad infinita del ser de Dios...! El Verbo lo dice todo tan infinitamente, que no ha dejado nada para que lo diga nadie fuera de Él. Y así el Padre descansa en su Verbo, porque el Verbo se lo dice todo.

Y el Verbo descansa totalmente porque Él, en su Palabra señorial e infinita de infinitud de cantares, en una sola Voz, ha dicho todo el majestuoso, impetuoso y simple ser de Dios.

Por simple, por sencillo, por pacífico, se ha quedado agotado todo el ser de Dios, todo el inagotable ser de Dios, en una Palabra tan Palabra, que es todo el ser infinito el que está cantando por el Verbo.

¡Ay, Verbo mío!, que Tú me estás cantando eternamente al Padre, que Tú me estás cantando

eternamente a Dios... ¡Ay, Verbo mío, descanso del corazón del Padre y de ti mismo...! ¡Ya están descansando en su silencio eterno, en su sola Palabra, las divinas Personas...!

¡Ay Verbo mío, descanso de mi alma esposa, que descansa así porque eternamente se está cantando el ser de Dios en ti! ¡Ay, Esposo mío, qué enamorada Tú me tienes de tu Canción eterna! Déjame que, en tu Voz, yo te cante en ti, Verbo mío.

No ha quedado nadie que pueda cantar fuera del Verbo. Por eso todas las cosas cantan en el Verbo y tienen su razón de ser en Él: “En el Verbo fueron hechas –y dichas– todas las cosas”.

¡Ay, Verbo mío, cómo descansas en ti mismo, al decir, en tu persona, todo el descanso que se es Dios, y al ver que Tú eres el descanso del Padre...! ¡Oh, Verbo mío, ése es tu segundo descanso, el serte tú Palabra!

Pero también Tú tienes un tercer descanso como el Padre, y es que Tú, al cantar en toda tu persona lo que es el Padre, lo que Tú te eres y lo que es el Espíritu Santo, amas con el mismo Espíritu Santo, que es el fruto del amor del Padre y del tuyo como Expresión. Y Tú espiras, como fruto de tu canto y de la contemplación del Padre, y con Él, al mismo Espíritu Santo que Tú estás expresando eternamente.

¡Oh misterio de la canción del Verbo...! ¡Misterio infinito que está cantando eternamente el

momento de engendrar el Padre, el momento de ser Él engendrado del Padre, el momento de amar Él al Padre, de amarle el Padre a Él y de proceder el Espíritu Santo como fruto del amor del Padre y de la Expresión suya! El Verbo está expresando también, en su Palabra única y silenciosa, el instante eterno de proceder el Espíritu Santo del Padre, al engendrarle a Él, y de Él, al ser engendrado.

Dios mío, mientras más me ahondas en tu misterio, más sencillo, más simple y penetrativo te eres para mí; pero, por la complicación de mi modo de ser, en contraste con la sencillez de tu simplicidad infinita, más difícil se me hace expresarte con mis pobres y complicadas palabras. Por lo que, mientras más sé de ti, más admirada y más anonadada me siento, y también, con más imposibilidad de expresarte. Porque eres tan infinitamente sencillo, que en mi palabra complicada no encuentro la manera de expresar la infinita Perfección que Tú te eres y cómo te la eres en la comunicación de tus divinas Personas.

*El Espíritu Santo,  
Descanso-Amor en Dios*

¡Oh Espíritu Santo, qué descanso Tú eres para el Padre y para el Verbo...! Tú eres el tercer descanso del Padre y del Verbo. Porque el Verbo, si no pudiera amar al Padre tan perfecta y acabadamente como Él se es Palabra, a pesar de

que lo cantara todo, no sería feliz ni descansaría; pero el Verbo está descansado porque puede amar al Padre contigo. Él está amando al Padre tan maravillosamente, que, por infinitud de amor, rompen el Padre y el Verbo en ti, amándose como infinita y eternamente se merecen.

¡Oh, Descanso de la paternidad y filiación en Dios que, al amarse, rompen en ti! ¡Oh Espíritu Santo!, ¡qué contento Tú te eres por serte el descanso para el Padre y para el Verbo...!

El Verbo se ha quedado totalmente descansado al cantarle al Padre con su persona y al amar al Padre y al amarse a sí mismo con la persona del Espíritu Santo. Ya el Hijo, por infinito y por simplicísimo, está descansado en la Mirada del Padre, en su expresión y en el amor del Espíritu Santo.

¡Oh, Espíritu Santo, Amor del mismo Amor, descanso amoroso de la fecundidad del Padre, descanso amoroso del Engendrado único y del Engendrador infinito...! ¡Oh, Espíritu Santo, qué descanso Tú te eres...! ¡Eres el descanso del Amor...!

Y Tú tienes un descanso, y es que el Padre y el Verbo contigo aman. Y qué descanso tienes al ver que Tú eres el Amor que el Padre tiene amando a su Hijo, y el Amor que el Hijo tiene amando a su Padre, y que Tú eres el descanso amoroso que, como exigencia por infinitud, tienen el Engendrador máximo y el Engendrado supremo. Sí, Espíritu Santo, ése es tu descanso:

el ver que Tú eres el Amor del Padre y el Amor del Verbo.

El Padre y el Hijo, al amarse, en ese mutuo amarse, hacen surgir al Espíritu Santo. Por lo que ese “se aman” —al amarse el Padre y el Hijo— ya es el Espíritu Santo. Pues aunque para expresar nosotros a Dios haya que decir a las divinas Personas, en distintos tiempos, en Dios no es así, ya que Él se lo es todo en un mismo tiempo eterno, aunque en diversidad de Personas perfectas y acabadas en su actividad trinitaria.

Por lo que el Padre, al contemplarse, se ama; ¡y ése eres Tú, Espíritu Santo! El Padre, al contemplar a su Verbo, se ama; ¡y ése eres Tú, Espíritu Santo! Al contemplar a su Verbo, lo ama; ¡y ése eres Tú, Espíritu Santo! Y al engendrar a su Verbo, lo ama; ¡y ése eres Tú, Espíritu Santo!

El Verbo, al cantar al Padre, lo ama; ¡y ése eres Tú, Espíritu Santo! Y al cantarse a sí mismo, se ama; ¡y ése eres Tú, Espíritu Santo! Y al cantarse a sí mismo, ama al Padre; ¡y ése eres Tú, Espíritu Santo! Y al cantarte a ti, Espíritu Santo, el Verbo se ama; ¡y ése eres Tú, Espíritu Santo...! Y al contemplarte a ti, Espíritu Santo, el Padre se ama, y se ama contigo mismo, Espíritu Santo.

Sí, Espíritu Santo, ése es tu descanso. Y ahora Tú tienes otro descanso, y es que Tú, por ser el Amor en Dios, necesitas amar eterna, infinita y agotadoramente, y en tu persona es agotada en Dios su capacidad infinita de amar, no quedando en Él lugar para otra Persona-Amor. ¡Y así

descansas Tú y descansan el Padre y el Hijo en ti, Espíritu Santo!

Ése es también tu descanso, Espíritu mío: que Tú, en tu persona, estás amando el instante eterno de engendrar el Padre, el instante eterno de ser engendrado el Verbo y el instante eterno de ser tú espirado.

¡Oh misterio...! Misterio de amor infinito de la Fecundidad, de la Expresión y del Amor en Dios... ¡Oh misterio!, que todo este misterio infinito, indecible e inexplicable para nosotros, se explica en Dios en un sencillito, pacífico y descansado acto de serse simplicísimo... Por eso, en Dios, para Él no hay misterio; porque Dios, por simple, por eterno y por infinito, se es en un instante eterno el que se es en su ser y en sus personas, sin principio y sin fin, sin haber en Él nada que sea antes ni nada que sea después. Y por eso Dios, por serse el Ser simplicísimo, se es el Descanso eterno. Y las tres divinas Personas descansan las unas en las otras y en sí mismas, y las tres descansan en su único ser.

El Espíritu Santo es el Amor que envuelve, como en un descanso de paz, en sus infinitas llamas refrigerantes, todo el ser de Dios y es el Amor del Padre, del Hijo y de Él mismo.

El Espíritu Santo es el descanso que cierra —sin cerrar— la misteriosa vida de la Trinidad, que la envuelve; y es por el ser recibido del Padre y del Verbo, descanso amoroso en la Trinidad.

Todo Dios es descanso, remanso de paz. Las tres divinas Personas descansan en sí mismas por su ser esencial, y descansan unas en las otras por serse lo que son; y toda la vida de Dios es paz y descanso eterno.

¡“Danos, Señor, el Descanso eterno y brille para nosotros la Luz indeficiente”!

*María, descanso en la tierra  
para el Verbo Encarnado*

¡Danos tu descanso, Señor...!

Y vino el Descanso del Padre, la Palabra infinita en la cual descansan el Padre y el Espíritu Santo, a traernos el descanso que habíamos perdido por el pecado.

Y el Verbo del Padre, encarnándose, es impulsado por el amor del Espíritu Santo. Porque si el Verbo se nos da, es porque el Padre nos lo entrega abrasado en el mismo amor del Espíritu Santo, ya que la donación de Dios al hombre se hizo por obra del Amor que, en su caridad infinita, por su bondad eterna, es difusivo.

Y el Verbo se hace una nueva creación, un paraíso que fuera su descanso en la tierra, y es María. María es el descanso del Descanso de Dios. ¡Oh, María, Puerta del Cielo, por donde sale el Verbo para venir a la tierra y por donde los hombres tienen que entrar para ir a Dios...!

¡Ya está descansando el Verbo en el seno de María! María es en la tierra, después de Cristo, la más maravillosa manifestación de la Divinidad. Tan maravillosamente es María Dios por participación, que el Verbo descansa en Ella porque le sabe a Cielo. María es el paraíso de Dios en la tierra.

¡Ya tiene el Verbo Encarnado un descanso en María...! Y no sólo un descanso, sino un consuelo para su alma lacerada por el desamor de los hombres: “Vino a los suyos y los suyos no le recibieron”. Y esta frase de la Sagrada Escritura, clavándose como realidad viviente en el alma de Cristo, la ha taladrado tan hondamente, que ya Él necesita un consuelo para su alma dolorida, y ese consuelo es María. Y María es el descanso y el consuelo de Dios.

*“Busqué quien me consolara  
y no lo hallé”*

Y el Verbo, descanso del Padre, que siempre está descansando “en el seno del Padre”, viene a la tierra y, desde el primer instante de su ser, se encuentra con la incomprensión, ingratitud y desprecio de aquellos mismos a los que Él había venido a cantarles y a traerles su descanso, dándoles su amor.

Cristo pide un consuelo. Él mismo se queja con estas dolorosas palabras: ¡“Busqué quien me consolara y no lo hallé”!

¡Oh, Verbo mío, descanso del corazón del Padre y del Espíritu Santo!, ¿cómo es posible que Tú, que te eres tu mismo descanso, busques consuelo?

Y derramándose en el Espíritu Santo en amor a nosotros, clamando con gemidos inenarrables por ese mismo Espíritu Santo que nos amó en Él hasta el fin, dice: “Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, ¡y cómo traigo en prensa mi corazón hasta que no lo vea cumplido!”

Y se realiza, y derrama toda su sangre. Y después de habernos cantado durante treinta y tres años su amor y de habernos traído su paz, sigue clamando: “Busqué quien me consolara ¡y no lo hallé!”

¡Qué misterio...! Cristo mío, ¿es que no hay consuelo para ti? ¿Y tantas almas que te siguen?: “Busqué quien me consolara ¡y no lo hallé!”

Cuando buscas a quien consolar, siempre lo hallas. Todas las almas están dispuestas a que las consules, y entonces todas se entregan, todas se dan, todas se olvidan de sí, todas se enamoran. Pero, cuando Tú clamas buscando consuelo y, dejándolas en abandono para que te consuelen, buscas quien te consuele, no lo hallas.

Son muchas las almas que están dispuestas a seguirte hasta el Tabor, pocas a la Cruz. De tus Apóstoles, al pie de la Cruz, sólo había uno, ¡y eran muchos los que te seguían...! El Domingo de Ramos todos clamaban: “¡Hosanna al Rey de

los judíos!” Y el Viernes Santo, “se descarriaron las ovejas porque hirieron al Pastor”.

Jesús, ¡cuántos eran los que te seguían, los que te proclamaban Rey! Pero buscabas quien te consolara y no lo hallaste. Y aún más, para que vean que amas al Padre y das tu vida por tus ovejas: “Levantaos y vámonos”. Y un poco más tarde: Padre, para que te conozcan, y no sean abandonados eternamente: ¡Fiat! Y en ese momento el Padre acepta, y clama Cristo: “Padre, ¿por qué me has desamparado?” “¡Busqué quien me consolara y no lo hallé!”

Qué poco penetramos el dolor profundo de Jesús. ¡Verse abandonado de todos e incluso de su mismo Padre...! No conocemos a Cristo ni hemos penetrado en su misión ni en su dolor.

### *Consolemos a Cristo cantando con Él su canción*

Si queremos vivir nuestra realidad de cristianos, tenemos que abrazarnos a la cruz, extender los brazos en ella y ser abandonados de todos y hasta del mismo Padre, despreciados aparentemente con Cristo y olvidados.

Sacerdote de Cristo, alma consagrada, no olvides que tu Esposo es “Esposo de Sangre”.

¡Ay!, nosotros, que tantas veces hemos pecado, nos asustamos porque sufrimos en nuestra carne y en nuestra alma la purificación de nuestras culpas.

Alma sacerdotal, ¿cómo quieres ser padre de almas con Cristo si, al primer dolor o soledad de Jesús, tal vez buscas otros amores?

Sacerdote de Cristo, el día de tu ordenación, de tu consagración, te entregaste contento, alegre y dispuesto a todo por seguir a Jesús: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”, a sus gustos, a su manera de ver, a sus caprichos, a su querer, a su egoísmo...; “tome su cruz de cada día”, la que Dios le mande, la cruz del desconsuelo, de la soledad, del abandono, de la incomprensión, de la duda, de la incertidumbre, de la lucha, de la prueba..., “y sígame”. ¿A dónde?

– Ahora al Calvario y después al Descanso eterno, a la Luz infinita.

Para seguir a Cristo, la condición indispensable es tomar tu cruz y negarte a ti mismo.

El sacerdote ha sido ungido para glorificar a Dios, dando vida divina a las almas, y esta vida se encuentra en la cruz.

Sacerdote de Cristo, si tú, en vez de ser palabra viva con Él, eres “campana que retiñe”, palabra muerta, ¿qué darás a ese montón de ovejas que, del rebaño del Buen Pastor, te han sido encomendadas y cuya salvación tal vez dependa de ti?

¡Ay, sacerdote de Cristo, infecundo por tu vida de tibieza!, ¿no tiembles ante los millones de almas que hay en pecado mortal? ¿No te decides a ser apóstol por tu vida de inmolación, de

sacrificio y asimilación de Cristo? ¡Que la vida es corta, que el término se acerca, que el premio es grande, el castigo terrible, que las almas no conocen y no aman a Dios, que “los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la Luz”! Y mientras las ovejas del rebaño del Buen Pastor se van a otros apriscos, sacerdote de Cristo, ¿en qué te ocupas? ¡Ay, sacerdote de Cristo, qué espanto si no eres santo y te pasas la vida en la tibieza...!

Pueblo consagrado a Dios, que te consagraste para ser Cristo, cada minuto de tu vida espiritual que desperdicias puede ir en perjuicio de las almas, tal vez eternamente. Nosotros, con nuestras negligencias y frialdades, tenemos la culpa de que muchas ovejitas se vayan del rebaño del Buen Pastor. Por no ser suficientemente Iglesia, no cantamos: Iglesia, Iglesia fecunda que canta a Dios, y por eso muchas almas no le conocen y se van tras los “lobos rapaces”. ¿Y queremos ir al Cielo con las manos vacías y nuestro seno de Iglesia infecundo?

Hemos sido llamados a cantar por toda la tierra la vida infinita de Dios que, muriendo en la cruz, dio el grito de amor supremo a los hombres. Y si Él lo dio muriendo y olvidándose de sí mismo en la cruz, bañado en sangre, nosotros tenemos que vivir, en un olvido total de nosotros mismos, solamente para Dios y para las almas.

Cada infidelidad de las almas consagradas se clava en el alma de Cristo como una saeta,

haciéndole gemir “con gemidos inenarrables por el Espíritu Santo”, buscando consuelo para su corazón y para su alma. Pero no un consuelo de palabras. No hay más consuelo para Jesús que extender los brazos en la cruz y cantar como Él, en un grito supremo de amor y dolor, el “todo está consumado”. ¡Que no está la vida espiritual en sólo palabras, en frases bonitas! Que la vida del espíritu, la vida de entrega, está en hacerse Cristo y crucificarse con Él para salvar a los hombres y meterlos en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, que es el seno de Dios en la tierra.

*Alma-Iglesia*, ¿de dónde a ti y de dónde a mí el haber sido llamados para cantar las riquezas infinitas que en nuestra Iglesia se encierran? ¿De dónde a nosotros, ungidos, predestinados, llamados, escogidos...? ¡para que sigamos defraudando el corazón de Dios...!

En breve vendrá el Padre de familia a pedirnos cuenta de nuestra hacienda, y si nos encuentra con la lámpara vacía, infructuosos e infértiles: “En verdad os digo que no os conozco”. Y se cerrará la puerta, porque nos entretuvimos y no teníamos la lámpara preparada cuando vino el Esposo, sin el fruto que Él esperaba de nosotros.

Hay que gritar con voz de alarma. Tenemos que despertar de nuestro letargo. Tenemos que cantar hasta los últimos confines de la tierra: ¡Dios...! Tenemos que vivir y morir para dar a

conocer a nuestro Dios-Amor, a nuestro Cristo. Tenemos que morir a nosotros mismos en una inmolación total, en un olvido completo para que todas las almas conozcan a Dios. Que está gritando la Iglesia: ¡Unidad...! ¡Que está llamando, en un grito de alarma, a todas las ovejitas, para que vengan a su seno de Madre...!

Levantémonos de nuestra tibieza y de nuestro letargo. Seamos fecundos, no defraudemos el corazón de Dios ni el de la Iglesia. Si somos Iglesia, cantemos: *Iglesia*. Si somos cristianos, cantemos a Cristo. Y si cantamos a Cristo, nos iremos “transformando de claridad en claridad en Aquél que contemplamos” y llevaremos a su seno, a aquella paz eterna, a aquella mansión, a aquella luz indeficiente, a todas las ovejitas del rebaño del Buen Pastor.

Todas las ovejitas del mundo son llamadas al rebaño de la Iglesia. Todas han sido creadas para contemplar con el Padre, cantar con el Verbo y abrazarse en el amor del Espíritu Santo. Y nosotros, por ser Iglesia, hemos sido llamados para dar con Cristo esa vida de Dios, para cantar ese seno calentito de la Iglesia y así manifestar a todos los confines de la tierra al Dios altísimo.

Las almas se pierden porque no se conoce a Dios. ¡Que el corazón de Dios ha sido defraudado por los hombres, que Cristo sigue desconocido, que su mensaje está depositado en el seno de la Iglesia, y, después de veinte siglos, sigue enterrado...! Han pasado veinte siglos y el Cristo

sigue clamando con su alma desgarrada por el dolor, su voz entrecortada por el llanto, sus ojos vidriosos por las lágrimas: ¡Padre, ni te conocen a ti ni me conocen a mí...!, y por eso, “busqué quien me consolara y no lo hallé”.

Cantemos en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, todos consumados en la unidad, cobijados bajo sus alas, formando ese solo rebaño bajo ese solo Pastor, por el cual la Iglesia está clamando: ¡Unidad...! ¡Unidad...!

Todos unidos digamos al Amor que “sí” a todo, y así seremos con María un descanso y un consuelo para el alma de Jesús, y un paraíso en la tierra para ese Verbo que, viniendo del seno del Altísimo, penetra en las almas que están en gracia, y que, mediante el amor de Dios, transformándolas en sí mismo, las va haciendo partícipes de ese descanso eterno, para darles un día en luz lo que aquí tienen por fe.

Y seremos descanso de Dios en la medida en que seamos, con el Padre, contemplación que contemple lo que Él contempla; con el Verbo, expresión de Dios, y con el Espíritu Santo, amor que ama a su ser y a sus personas.

Cantemos, en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a la Unidad en la Trinidad de Personas para que los hijos de Dios encuentren su descanso, su reposo y su solaz en ser descanso para el mismo Dios y descansar en su seno de Padre.